

EL ÚLTIMO BESO

Beata Furt

Desde la ventana de su cuarto Daniela observaba el sol ocultándose tras los hermosos cerros que albergaban la ciudad. A lo lejos, alcanzaba ver que Federico llegaba como de costumbre a su hogar después de su extenuante jornada laboral.

Daniela comienza a sentir una enorme presión en su pecho al saber que su paz y felicidad se vería empañada una vez más cuando Federico cruzara la puerta del hogar. Creía que los vecinos del barrio ni se imaginaban el abuso despiadado del cual era constantemente víctima. Hace tres días que no sentía a su hijo moverse en su vientre y eso se debía probablemente a la brusquedad con la que fue golpeada aquella vez. Sabía que una vez más tenía que insinuar una aparente normalidad, sobretodo por el gran temor que sentía hacia aquel ser monstruoso que era su marido.

– Hola amor – lo saludó ofreciéndole un tímido beso.

Federico la esquivó sin decir palabra alguna, se dirigió rápidamente al living para depositar su chaqueta en uno de los sofás mientras que Daniela rompía un poco su tristeza abandonando la sala para acudir a la cocina y servir las onces.

Federico tomó ubicación en una de las sillas del comedor y mientras comía, Daniela sentada a su lado secretamente torturaba su psiquis una vez más. No podía perdonar el maltrato reiterado ni tampoco las infidelidades de su marido ni su adicción al juego que los mantenían en constantes crisis económicas. Sentía que sus oscuras emociones en cualquier instante darían paso al desequilibrio total.

Mientras que en las onces reinaba la frialdad, Daniela decidió tomar la iniciativa para generar una escasa conversación en la mesa, ya que, a pesar de los crudos maltratos, hoy sentía un lapsus de valentía. Mirando detenidamente a Federico le dijo:

- Ya no siento a nuestro hijo.
- ¿De qué hablas mujer? – contestó Federico desafiante.
- Creo que está muerto – agregó Daniela.

Daniela a pesar de su triste vida y constantes penurias en el alma, sabía que su hijo fallecido estaría mejor sin nacer. Sin embargo, lo dicho inmediatamente desató la furia de Federico quien inesperadamente azotó la cabeza de su esposa contra la mesa, sujetó su cabello y la arrastró por las escaleras hacia el dormitorio donde comenzó a propinarle golpes furiosos de puño en su rostro y le repetía:

- ¡No vuelvas a hablar de mi hijo!

En el pasado, la naturaleza tímida de Daniela no le permitiría defenderse, pero hoy algo en su interior la apartó del pánico que era prisionera y haciendo caso a esa sensación, encaró a Federico:

- Entonces mátame si tienes tanto coraje – le dijo sangrando de la boca.

Federico se abalanzó sobre Daniela, sentía una sed de violencia no saciada pero ágilmente Daniela con toda la rabia que tenía acumulada en su interior por años de abuso, le propinó un brutal golpe en la sien con el que Federico perdió el equilibrio,

cayó violentamente por las escaleras, dejándolo adolorido en el primer piso de la casa.

Daniela ensangrentada, pero con la adrenalina desplazando su nerviosismo, ya no demostraba ninguna emoción y manteniéndose en una frialdad absoluta tomó un vaso de vidrio ubicado en el velador de la pieza, bajo por las escaleras y lo estrelló con toda su fuerza en la nariz de Federico.

La sangre no tardó en rociarlos a ambos y manchó indiscriminadamente todo a su alrededor, al mismo tiempo que Federico yacía sobre la alfombra. Al ver el cuerpo inmóvil de su marido, Daniela cayó encima de los vidrios rotos y poseída por la impotencia, transformó toda el miedo en odio, asco y también evadió toda piedad que pudiese tener, por tanto, actuó sin misericordia y con otro trozo de vidrio perforó la parte baja del estómago de Federico provocándole un fuerte alarido de dolor que envolvió toda la casa. Mientras Federico se desangraba, Daniela se acercó a su oído y con una intimidante frialdad le dijo:

- Hasta nunca.

En este momento se originó un ruido desagradable desde las murallas de la sala. Daniela le prestó especial atención al sonido cuando se percató que se trataba de la angustiada voz de una mujer desconocida que le dijo:

- Ya te liberé Daniela.

Aquellas palabras la dejaron absorta, sumergida en la confusión, sin saber qué decir, pero todo aquello se vio abruptamente interrumpido por la frenética voz que

continuaba intentando hacer contacto con ella, quebrando de esta manera su perplejidad.

- ¿Mejor ahora verdad?
- Sí – contestó Daniela tartamudeando levemente.
- La memoria suele ser una desventaja Daniela – repetía la voz.

Al cabo de unas horas, Daniela se dio cuenta que yacía en una habitación de un hospital y contrariamente a lo que pudiese imaginarse, su enfermedad le permitía tener cortos episodios de lucidez y en esta breve etapa de claridad, se creó en ella la mayor duda que pudo tener en su vida: ¿Le habré dado a mi marido un último beso?

FIN